



MURIEL ALARCÓN

Gay Talese: “SER VIEJO TAMBIÉN ES SER AFORTUNADO”

Desde Manhattan, a los 93 años y ocupando un bastón, el pionero del Nuevo Periodismo reflexiona sobre el oficio, la política, el paso del tiempo y la elegancia, mientras publica un nuevo libro que recopila siete décadas de crónicas sobre la ciudad que lo define. “Llegar a esta edad: eso es suerte”, dice, convencido de que su legado perdurará más allá de su tiempo. Sobre Trump, señala: “Es rudo. Es un hombre vulgar. Pero el país es vulgar”. **POR MURIEL ALARCÓN DESDE NUEVA YORK**

—¡Oh, Dios! No puedo hacerlo.

Vestido con un traje a medida color plomo, una camisa a rayas rojas, corbata de seda amarilla de visos plateados y azules, el periodista y autor norteamericano Gay Talese intenta, con dificultad, escribir una dedicatoria con su bolígrafo marrón sobre el libro abierto que está en la mesa de su *living*. Es un lunes invernal en Manhattan, poco después de las tres de la tarde. Al interior de su casa, a pasos de Park Avenue, en el Upper East Side, un palacete de cuatro pisos de paredes blancas, cuelgan pinturas realistas y surrealistas, conviven esculturas de origen oriental y fotografías en blanco y negro de paisajes como el Central Park bajo la nieve.

—Me estoy haciendo viejo, tengo 93 años —se disculpa—. Me cuesta caminar y la mano me tiembla, así que no firmo autógrafos muy bien. ¡Pero estoy vivo!

El libro es su más reciente publicación, *Una ciudad sin tiempo: La Nueva York de Gay Talese*, que en las últimas semanas ha ocupado un lugar destacado en las mesas de las librerías de Manhattan. La obra reúne, en 417 páginas, catorce de sus mejores crónicas sobre la ciudad y los personajes que ha retratado con obsesión: constructores de puentes, gánsteres desaparecidos, editores de Vogue, porteros con demasiadas historias que contar. Relatos como estos convirtieron a Talese, hijo de un sastre y una modista de origen italiano, en un pionero del Nuevo Periodismo, en un autor *best seller* con más de una docena de libros y en un cronista imprescindible del Nueva York menos visible.

—Parte de mi vida está en este libro —apunta—. Es bueno tener un libro publicado a esta edad. Mi esposa (la editora estadounidense Nan A. Talese) no camina, así que paso todo el tiempo con ella... Pero, ya sabes, por lo demás, no debería quejarme... Me siento estable. Mi esposa está viva. ¿Qué sentido tiene quejarse a esta edad? ¡Estoy bastante viejo!

—Ha observado a Estados Unidos durante décadas. ¿Cuánto ha cambiado el país desde que comenzó su carrera, especialmente en estos tiempos de incertidumbre?

—No es muy diferente. He vivido aquí desde 1957. Esto no ha cambiado en absoluto: veo los mismos edificios. Miro por mi ventana en 1957, miro por mi ventana en 2025... ¡es lo mismo! La zona es la misma. La política es la misma —dice.

Se detiene un momento y luego agrega:

—Biden fue un desastre. Trump es mejor que Biden. Trump está loco. Pero antes teníamos corrección política y esta generación woke (despierta), no podías decir nada, no podías escribir nada... Siempre te censuraban. Tenías que ser muy cuidadoso. Si decías algo incorrecto, perdías tu trabajo. Esos eran los demócratas: Lo que es terrible. ¡Quiero más libertad! Trump es rudo. Es un hombre vulgar, pero el país es vulgar. Habla el idioma de los trabajadores. Es un hombre de negocios duro, no un profesorcito griton en una universidad, de esos que son demasiado cuidadosos.

—¿Votó por Trump?

—No, pero tampoco voté por Kamala Harris —responde.

Luego, añade—: La gente merece mejores líderes. ¡Tenemos líderes terribles!

—¿Qué piensa sobre las opiniones extremas dominando la política y los medios?

—Los medios se han vuelto demasiado cercanos al gobierno. Los medios son como el gobierno: muy políticos...

—¿Cómo pueden los medios restaurar la confianza?

—No se puede restaurar. Está todo tan corrupto. Si dices algo que no les gusta a los anunciantes, se retiran. Los diarios están luchando por sobrevivir. Cuando tenía tu edad, había muchos diarios. Ahora, ¿dónde encuentras un diario que esté contratando a alguien?

—Hoy las noticias se mueven rápido, y los titulares a menudo importan más que la historia completa. ¿Cómo puede seguir existiendo el buen periodismo?

—El mejor periodismo sí existe. The New York Times es mejor

ahora que nunca. El The New York Times es el único diario en Estados Unidos que importa. The Washington Post es pura política. Si algo es realmente de buena calidad, sigue vendiendo. Un gran auto: el Rolls Royce. Un gran vestido: Ralph Lauren. Los grandes nombres crean cosas de calidad, ya sea un par de zapatos, un traje, un auto, una casa, arquitectura. La más alta calidad todavía existe. Hay un mercado de lujo, incluso en tiempos difíciles. Si haces algo descuidado, rápido, comida rápida, moda rápida, viene y va. No significa nada. No tiene valor a largo plazo. Pero las cosas bien escritas, esas perduran. Mi trabajo tiene 70 años. Se llama oficio. Es como un hermoso par de zapatos. Los usa toda la vida. Es como la buena ropa.

Talese mira su Cartier de oro y suelta:

—Tengo que ir al dentista a las cuatro en punto. Está al otro lado de la calle. ¿Quieres venir conmigo?



En el *living*, Talese desaparece de vista. Regresa con su sombrero Panamá hecho a medida, comprado a un vendedor al norte de Miami, una bufanda del mismo color que las rayas de su camisa y un bastón en el que se lee “Made in Italy”. Se dirige a la puerta de su *brownstone*, cierra las dos puertas del umbral y descende, apoyado en su bastón, la escalera que conecta su casa con la acera. Su palacete convive con otros edificios residenciales, ateliers de diseñadores, sucursales de cadenas de ropa desechable, cafeterías, minimarkets, salones de manicure y viejos *diners*.

En la calle, un peatón se detiene frente a él, sorprendido. Lo intercepta:

—¡Buen traje!

Talese sonríe y responde con orgullo:

—¡Gracias!

—A los 93 años, ¿quién es Gay Talese?

—Soy una combinación de lo que hago, cómo pienso, quién soy desde que nací y dónde nací. Soy un producto de mi tiempo. Soy un producto de mi experiencia.

—¿Qué similitudes hay entre usted y Nueva York?

—La ciudad está formada por la historia de la integración. Por cualidades tanto extranjeras como locales. Soy extranjero. Tengo un origen que me vincula a Europa. A Italia, en este caso, pero también a otras partes del mundo. No soy un estadounidense aislado. Tengo una visión internacional. Y esta es una ciudad internacional. En un solo vagón de metro puedes oír dos, tres, cuatro idiomas diferentes. Me gusta eso. Aquí está representado el mundo. Por eso tanta gente quiere venir aquí.

Talese se ofende de quienes caminan mirando por la pantalla de su celular. Con un gesto casi desafiante, añade:

—Nunca me metí en la tecnología. No tengo celular. Quiero hablar con la gente. Moverme, subirme a un avión, hablar con alguien al otro lado de la calle. No quiero hacer Zoom. No quiero hacer entrevistas por teléfono. Quiero estar ahí.

También dice:

—La gente está todo el tiempo en sus malditos teléfonos. Lo veo en los restaurantes. Lo único que hacen es mirar sus pantallas. Sus mentes están siendo absorbidas por el maldito *smartphone*. El estúpido *smartphone*. ¡Es repugnante! La gente solo está internalizada. No buscan una comprensión más amplia. Están absortos en sí mismos. Yo, yo y más yo. Es narcisista. Es vano y pequeño, de mente pequeña. Tan pequeña como ese maldito teléfono. ¡Lo odio!

—¿Qué consejo le daría?

—Sean exploradores. Experimenten cosas. No esperen que se las den en bandeja. El pequeño teléfono los alimenta, y eso les quita la curiosidad. Discuten la vida en un nivel de banalidad tan bajo. “¿Qué hiciste anoche?”. Oh, ¡iqué poco interesante!

—¿Por qué las cosas inesperadas son valiosas para usted?

—Porque te sorprenden. Te obligan a reaccionar ante algo que no esperabas. Requiere una especie de sensibilidad. Rapidez. Agudeza. Alerta. Tienes que estar despierto, no adormecido con un celular en la mano, mirando alguna imagen diminuta. Pero entiendo que los celulares sean necesarios para la gente, supongo... como yo. Sin celular es peligroso caminar por las calles. Si me cayera y me golpeará la cabeza, la gente no sabría a quién llamar. No sabrían mi número de teléfono. Podría quedar inconsciente...

“No puedo imaginar un libro escrito por inteligencia artificial. Todo lo que he escrito son el resultado de la intuición, la curiosidad, la apertura. La ausencia de sesgo”.

—¿Qué opina de la IA? Hoy está escribiendo artículos, creando imágenes, incluso asistiendo psicológicamente a las personas.

—Ni siquiera presto atención a eso. Es una locura. Soy escritor. He sido el mismo tipo de escritor durante 75 años. Desde que tenía 20 he hecho lo mismo hasta los 93. Nada artificial. Uno aporta su inteligencia a la escritura de una historia, a la comprensión de las personas. Tienes la inteligencia para acercarte a la interacción humana. No puedo imaginar un libro escrito por inteligencia artificial. Cada historia, todo lo que he escrito, todos los libros que he escrito, todos los artículos que he publicado, 70 años de ser publicado, 70 años desde que tenía 22, son el resultado de la intuición, la curiosidad, la apertura. La ausencia de sesgo. Abierto a comprender a las personas. Y darles una oportunidad, porque básicamente la gente es buena.

Talese entra al edificio y se dirige a la recepción. La entrada del consultorio dental es la misma que la de cualquier rascacielos en pleno centro.

—Piso 14 —anuncia al recepcionista.

El Dr. Marc Lazare es especialista en odontología cosmética. No es su ortodoncista-implantólogo de cabecera, el Dr. Anthony Vuong, cuyo consultorio, en la 42 con la Segunda Avenida, cerca del edificio Chrysler, le resulta demasiado lejano para este trámite menor. Hoy, Talese ha venido por una pequeña fisura en un diente. Se acerca a la recepción para indicar su llegada y luego, en la espera, deja a un lado su sombrero, bufanda y bastón.

—¿Está desapareciendo la elegancia?

—Los hombres se visten terriblemente. Las mujeres aún se visten bien. En Estados Unidos, en todas partes. Vas a restaurantes y las mujeres están bien vestidas. Pero los hombres... muchos hombres ricos... se visten terriblemente. Sin corbata. Creen que pueden vestirse como quieran. Arrogantes. ¡Lo odio!

—¿Por qué es importante vestirse bien?

—Muestras respeto por las personas con las que estás. Si yo fuera mujer y tuviera una cita, y el hombre llegara a un restaurante, un teatro o un concierto mal vestido, ¡no saldría con él! Le diría que se devolviera a su casa y se pusiera una corbata. Las mujeres deben asegurarse de ser respetadas. Vestirse bien es mostrar respeto por los demás y respeto por cómo te presentas en público. Incluso si es solo para tomar el metro. Si te ves bien, la gente lo nota. No tienes que ser rico para verte bien. Es solo una cuestión de orgullo. Orgullo de ti mismo, por supuesto. No naces con orgullo, lo adquieres. Y tienes que tener un sentido de respeto propio. Yo lo necesito. Insisto en ello.



Tras casi una hora de atención médica, Talese reaparece con el mismo aplomo. Saca su bolígrafo marrón y firma un cheque por la consulta. Luego extrae de su chaqueta unas tarjetas similares a las que sostienen los animadores en televisión, con la fecha del día escrita en la parte superior y varias anotaciones a mano, que él mismo hace con los cartones de protección que dan forma a sus camisas al retirarlas de la lavandería y las revisa. Ahí lleva su agenda a diario. Luego, recoge su sombrero, bastón y bufanda y, antes de salir, toma asiento en la sala de espera por un momento.

—¿Cuál es la mejor parte de envejecer?

—(Se detiene unos segundos) La gratitud. Gratitud por ser tan viejo como eres y aún poder, en mi caso, disfrutar la vida. No estoy postrado en una cama. Hay personas de 93 años que ni siquiera están vivas. Tengo un bastón. El año pasado, no dependía de un bastón. Este año, sí. Pero cuando eres viejo, y al menos vives en Nueva York, sientes que la gente con bastón es vista con respeto. Quizás cuando tienes un bastón la gente siente que ya has cumplido... son respetuosos con tu condición, tu edad y tus limitaciones. Así que ser viejo tiene algo de consuelo. Nunca es fácil envejecer, porque mis manos tiemblan, y podría ser un signo de alzhéimer o un signo de párkinson. No sé qué es. Pero aún tengo una esposa que tiene 91 años. Y sigue viva. Es increíble ser dos personas, casados por 67 años, ambos en los 90, ambos vivos. Tener 90 años ya es bastante raro. Así que soy afortunado. Ser viejo también es ser afortunado. Llegar a esta edad: eso es suerte. Y estar en la condición en la que estoy: también es mucha suerte. Todavía puedo trabajar. No puedo escribir a máquina tan bien. Cometo errores. Antes escribía rápido. Ahora soy más lento. Pero aún funciona. Mi mente aún trabaja.

—¿Por qué cree que sigue vivo?

—Dicen que son los genes. No sé si es cierto. Creo que he evitado ciertas distracciones, como el divorcio. Nunca me divorcié. Nunca tuve hijos de otro matrimonio, ni situaciones complicadas. Mi vida personal ha sido aventurera, pero también muy estable. He tenido un buen matrimonio. Mi esposa y yo somos muy compatibles intelectualmente. Ella es editora, y yo soy escritor. Nos gustan muchas de las mismas cosas. Así que nunca hemos tenido las distracciones del divorcio, derechos de visita, abogados, pensiones alimentarias... todo eso. Lo hemos evitado. A veces, esas cosas son muy debilitantes. Un matrimonio largo es un matrimonio saludable. Porque pasas por muchas altas y bajas. Hemos tenido muchos problemas y muchas soluciones a esos problemas.

—Muchas personas mayores se sienten olvidadas. ¿Cómo se puede evitar ser olvidado?

—Creo que mi trabajo es lo que me mantendrá vivo después de muerto. Es decir, hay cosas que he escrito que serán leídas en bibliotecas y escuelas mucho después de que yo me haya ido. Estoy seguro de que mi trabajo es lo suficientemente bueno como para seguir teniendo lectores. Este libro —dice apuntando a su última publicación— tiene trabajos que escribí cuando tenía 26 años. Y la gente todavía lo lee hoy. No es algo efímero. No está tan mal construido como para desmoronarse. Está bien construido. Como cuando escribí sobre un puente. Un puente es sólido. Se mantiene en pie. Perdura. Está construido con precisión, fortaleza, hechos y fundamentos. No es algo temporal, es duradero. Intento que ese sea mi estándar. El estándar que establecí: ser duradero.

—¿Piensa en la muerte?

—No tengo arrepentimientos. Cuando tienes arrepentimientos y estás a punto de morir, sientes ese peso. Yo no los tengo. He vivido una vida increíble. Una gran vida. He cumplido mis ambiciones. No hay nada en lo que mire atrás y diga: “Oh, ¡ojalá hubiera hecho eso!”. Quiero decir, me gustaría vivir más tiempo. Pero no quiero sufrir. Quiero vivir, pero si tengo la salud suficiente para no sufrir... Si sufres todos los días, no vale la pena vivir.

—¿Cómo quiere ser recordado en cincuenta años?

—Como un buen escritor que también fue periodista. Pero un buen escritor. No basta con ser solo periodista. Para ser excelente en el periodismo, tienes que ser un buen escritor. Y yo soy un buen escritor.

—En su libro se dice: “Una vez serendípico, siempre serendípico”. ¿Por qué?

—Eso es parte de mi naturaleza —sonríe como si fuera descubierto—. Nací con curiosidad. No quiero organizar. Yo quiero descubrir. Ser sorprendido. Sorprendido gratamente, o incluso perturbado, pero seguir estando consciente. Quiero emoción. Descubrimiento. No quiero una vida estática. Quiero una vida activa. No dócil. No inactiva. Quiero explorar. **S**